

comprendemos ; que no creemos en nosotros mismos. Que la vida fácil es evangelio en nuestras tierras ; y que, si en lugar de dirigir un país, podemos vivir de él, lo preferimos a tener que imponerle un rumbo. Creemos que, con sólo pedir que nos paguen mejor, podemos resolver nuestros problemas ; y no vemos que en la complejidad del mundo actual, no hay campo para países que quieren vivir de la simple exportación de productos no elaborados ; y que no hay, ni puede haber, mecanismo ni disposición que garantice un sobreprecio para esas exportaciones, en economías vivas, vale decir de mercado ; y que en el hipotético caso de que se nos concediera ese sobreprecio, iría a parar en gran parte al bolsillo de unos pocos productores. No queremos comprender, o hacemos como si no lo comprendiéramos, que vivimos en la época de la industrialización ; de la industrialización, que significa integración de los países en bloque, para asegurarse mercados ; y de la industrialización, que significa liberalización de trabas y de imposiciones oficiales, para poder competir. ¡Qué contradicción ! Cuando necesitamos libertad, aumentamos los controles ; cuando necesitamos industrias, clamamos por precios para los productos de la tierra. Cuando necesitamos dirigentes, ¡producimos políticos!

Pero situar el problema sólo en nuestra esfera, es también injusto. Alguna culpa tiene el vecino poderoso. Su idea de que los males son casi siempre materiales, es concepto arraigado ; y engendra incompreensión. Arreglarlo todo con dinero, sin mirar para qué se da ni a quién se da, ha producido no poco desconcierto. Además, incita apetitos que no se sacian y fomenta la laxitud ; en la América Latina de hoy asistimos al concierto de uno, que queremos que nos dé o nos pague, y de un coro unísono que pide. ¡No, señores! El problema de la América Latina es más complejo : necesitamos que nos ayuden, pero no sólo en lo material, sino en lo espiritual. No comprender que existe desesperanza,

falta de fe, que hay ausencia de fuego espiritual, es no ver el problema. Necesitamos cultura que nos ilustre ; cultura que nos haga comprender que valdremos... si queremos valer ; cultura que nos haga sentir que tenemos existencia y destino. Una gran cruzada de cultura es, a mi entender, la operación más importante que debiéramos iniciar. Una cruzada de cultura que alcance a todos los sectores, a los más primitivos, a los que saben leer y a los que no saben ; que despierte a todos, que los haga vivir y trabajar y exigir ; exigir que sus gobernantes sean dirigentes y no infructuosos usufructuarios del poder. Si a esto se llegara, habría fuerzas para resolver lo otro ; con nuestros recursos habremos de arreglar lo material, y la ayuda que nos den será fructífera entonces.

Ver a los Estados Unidos de América tan poderosos, que nos ahogan, es actitud de envidia. ¡No! Hay también en nosotros fuerzas. Despertemos a los pueblos ; a los humildes, a los que ahora son sólo sufridas masas. Démosles su destino. Gritémosles : ¡Cultural! Y la hora de nuestra redención habrá llegado.

Estimado señor Arciniegas : un poco confusas, pero con la esperanza de que a pesar de todo las entienda, han ido estas líneas. Su emotividad, discúlpela porque no puede tratarse sino así este tema en breves líneas. Se quiere llamar la atención en ellas, de que no todo está perdido en Latinoamérica ; que debemos ayudarnos, antes que esperar que nos ayuden, y no pensar tanto en lo que nos den o nos paguen por lo que vendemos ; y que lo importante es despertar a las masas con un rayo, no de revolución, sino de ilustración, porque si despiertan habrá nacido un gigante en nuestra América.

Y por último, señor Arciniegas, no veamos a los Estados Unidos tan grandes, porque nos veremos nosotros aún más pequeños.

CRISTIAN TATTENBACH

San José de Costa Rica.

cala reducida de una élite restringida de artistas refinados y, al mismo tiempo, radicalmente atrevidos.

Muy poco después de la batalla librada por la aceptación de la obra de algunos pioneros como Manessier, Singier y Bazaine, los jóvenes más inquietos comprendieron que pintar con aplicación un cuadro abstracto obedeciendo a reglas de composición, dibujo, color, materia... era casi lo mismo —como actitud— que pintar un cuadro figurativo en las mismas condiciones. Es decir que, rápidamente, lo que estuvo en tela de juicio no fue si la obra representaba o no algo del mundo exterior fácilmente reconocible, sino más bien si los medios para expresarse correspondían a las necesidades y búsquedas nuevas, al afán de comunicación inherente al arte.

Los artistas más polémicos se lanzaron —posiblemente con pura intuición— a una forma de arte que, pedantemente, los críticos llamamos *fenomenológica*, en la que se persigue captar las percepciones al estado naciente, como se dice en Física. No en vano Pierre Francastel, posiblemente el más grande, el más audaz historiador francés del arte, dijo una vez que la pintura había dejado de constituir la representación de un *espectáculo* (como lo fue desde el Renacimiento hasta los impresionistas) para convertirse, sobre todo, en la explicitación de un *mecanismo*. Es decir, al espectador moderno le interesa más en el cuadro actual la investigación del funcionamiento de sus percepciones que la alusión —próxima o distante— a un mundo organizado como un teatro.

¿Cómo se tradujo todo esto en el arte de estos últimos diez años? En una búsqueda de mayor espontaneidad y en el despliegue de una imaginación capaz de dar forma a las realidades profundas de nuestra época. Tuvimos así una escritura en que se «arrojaba» el color como en Pollock ; otra escritura que se inspiraba en el signo oriental ; una investigación sobre la materia —Tapiés, Burri— ; el informalismo, que quería escapar a cualquier receta ; la exaltación del acto libre de la mano y del brazo ; la llamada nueva figuración, en que reaparece el hombre y sus objetos, pero deformados en una caricatura dolorosa —Dufuffet, Bacon— y, por último, el reino del

*collage* heterogéneo que los norteamericanos llaman *pop-art* y que vendría a ser una nueva forma del arte Dadá inesperadamente ategre en su no-conformismo.

De todo eso —y mucho más— hay en esta exposición, ya lo veremos a medida que la vayamos recorriendo, porque ya es hora de que entremos en ella. Como pórtico : un trabajo del argentino Julio Le Parc, perteneciente al grupo de « Recherche d'Art Visuel » de París. Se trata de un enorme panel cambiante, constituido por docenas de placas cuadradas metálicas que reflejan la luz por su propio movimiento causado por cualquier desplazamiento de aire. A la derecha una construcción monumental de Sobrino, otro argentino del mismo grupo. Aquí, en cambio, se trata de *pixiglás* de color, las formas geométricas juegan mediante su misma transparencia y la complejidad de los puntos de vista. Un enorme muro y una fascinante esfera tratada en elementos metálicos rectilíneos constituyen otras aportaciones de este grupo que se sitúa deliberadamente en el ala constructivista del arte actual. Discípulos de Vasarely, los veo abocados a realizaciones más vivas que las de su propio maestro. Sus miembros no practican ya, bajo ninguna de sus formas, ni la pintura de caballete ni la escultura tradicional. Construyen —literalmente— el espacio, lo transforman, lo hacen algo vivo, cambiante. ¿Qué duda cabe de que su actividad es colindante con la del arquitecto? Y sin embargo un arquitecto que los admira me decía escépticamente que « eso » no era arte. Yo hubiera respondido a mi vez con una pregunta : ¿Qué es el arte? O con otra más vasta aún : ¿Qué es la belleza? Hace veinte siglos al menos que la Estética se lo viene planteando. La búsqueda de la belleza, de la verdad, del bien, de la justicia es un anhelo del hombre, una marcha hacia algo posiblemente inalcanzable, inasible. Sostengo, en contra de la opinión de muchos, que mientras no se demuestre lo contrario, componer con planos, volúmenes, transparencias, luces, poniendo en juego el dinamismo, la energía con miras a obtener un efecto bello tiene tantos títulos para llamarse arte como cualquier otra de las formas que se practican hoy día bajo ese rubro, siempre un poco equívoco y esquivo.